

riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho dogmatismo, parece extraña en estas naciones abrumadas por una doble herencia católica y jacobina. Aunque no corresponda al presente estado de estas democracias la noble doctrina de *Ariel*, ella señala la dirección futura a pueblos enriquecidos y poblados de inmigrantes. De la misma manera, en los discursos de Fichte, halló la Alemania anarquizada las firmes líneas del renacimiento, el evangelio de la unidad y del patriotismo (págs. 255-57).

Valdrá la pena glosar un momento la larga cita. En primer lugar, todo el párrafo está destinado a matizar sutilmente su discrepancia con la visión que ofrece Rodó en su *Ariel*. A diferencia de su maestro, García Calderón registra la incongruencia de recomendar el *ocio clásico* a naciones en formación; de proponer una democracia aristocrática en medio de la barbarie y el caciquismo; de predicar liberalismo en tierras de fanatismo. Pero si apunta con lucidez y discreción las discrepancias (y esto en boca de un discípulo no sólo es honesto, sino que es singular), también indica la dimensión exacta en que debe estudiarse el discurso de Rodó: como utopía.

Aunque García Calderón no usa la palabra, ella está implícita al referirse a la «dirección necesaria de su esfuerzo» que el discurso propone a las nuevas generaciones, especialmente a aquella parte de América poblada de habitantes enriquecidos por el «brillante materialismo» y por el aporte de inmigrantes europeos. Para esa parte del mundo americano, el mensaje de Rodó sólo podía referirse al futuro. Era, en una palabra, utópico. Como vio acertadamente García Calderón, se trataba de una utopía sólo viable en las tierras del Plata, casi despobladas de indios y enriquecida por el aporte de los europeos recién llegados. La vieja tesis de Sarmiento (Civilización o Barbarie) podía leerse con transparencia en estas palabras. Pero a ella agregaba García Calderón su conocimiento directo del mundo andino, un mundo en que el indio seguía siendo (y lo es hasta hoy) un problema sin resolver.

### III. La utopía americanista

El huracán que desató la Revolución Rusa de 1917 habría de destruir la base de esas utopías idealistas con que soñaron los hombres de la Belle Epoque. La fortuna de Rodó fue haber muerto en ese año; la fatalidad de García Calderón fue sobrevivirse hasta 1953. El paso del tiempo hizo cada vez más obsoleta su prédica, y no sólo en la América que él llamó, orgullosamente, latina. En Europa, nuevos maestros y nuevas corrientes ideológicas liquidaron ese largo crepúsculo del 1900 en que tanto Rodó como García Calderón habían encontrado su alimento intelectual. Incluso su latinismo pasó a significar otra cosa. Cuando ellos hablaban de América Latina pensaban en términos de cultura y veían a nuestro continente como heredero de una tradición que tenía sus raíces en la Europa mediterránea. Pero el neocolonialismo y la emergencia de los Estados Unidos como poder hegemónico de Occidente habría de postular una imagen de América Latina como lo opuesto a la América Sajona: la tierra de los dictadores, del fanatismo político y religioso, sería enfrentada a la tierra de la libertad política y religiosa. Estos y otros piadosos clisés harían olvidar que el término «América Latina» marcó originariamente el reconocimiento de una tradición cultural europea. Con la segunda guerra mundial, nuestra América se vería más separada aún

de Europa y derivaría, política y culturalmente, hacia el Tercer Mundo, con Africa y Asia como compañeros de infortunio y (también) de esperanza <sup>5</sup>.

Estos cambios, a los que asistió sin mayor comprensión García Calderón, tal vez habrían sido inexplicables para Rodó. El discípulo intentó adaptarse, es cierto. Comprendió, por ejemplo, que el patriarca de la democracia uruguaya, José Batlle y Ordóñez, era (a pesar de su excesivo presidencialismo) una fuerza de futuro. Rodó, que había padecido en la lucha parlamentaria los terribles efectos de la democracia «dirigida» de Batlle y sus correligionarios, jamás habría aceptado este punto de vista. También García Calderón llegó a distinguir entre Marx, el teórico destructor (como él lo llamó) y Lenin, «el realizador violento», según él mismo escribe. Rodó apenas había conocido el socialismo y el anarquismo en sus versiones rioplatenses, y tal vez se fue a la tumba sin haber oído el nombre de Lenin. Del mismo modo, García Calderón consiguió distinguir entre los partidarios del craso utilitarismo (contra los que había escrito Rodó buena parte de *Ariel*) de aquellas fuerzas que en las nuevas democracias querían el desarrollo y la puesta al día de las viejas estructuras. Si bien denunció a las rapaces plutocracias, García Calderón sabía que el futuro de América no podía deberse sólo a la superación idealista del modelo norteamericano. El quería (como ha dicho bien Jorge Basadre) «una burguesía moderna, progresista, ilustrada» <sup>6</sup>.

En lo que se refiere a los Estados Unidos, García Calderón habrá de matizar su impresión «arielista» después de una visita de 1909 en que llegará a definir a Nueva York como una «metrópoli que va abandonando a Calibán o haciéndolo trabajar todos los días en favor del espíritu». Un concepto semejante habría sido totalmente ajeno a Rodó que, por otra parte, nunca visitó los Estados Unidos y que en sus últimos años dudó incluso que las democracias latinoamericanas llegasen algún día a realizar la utopía del arielismo.

Lo que nunca abandonó García Calderón de las enseñanzas formativas de *Ariel* fue la creencia en una superioridad intelectual, un aristocratismo que definió de manera completa en uno de sus textos más personales: el ensayo-conferencia de 1947 sobre su amigo y condiscípulo, José de la Riva Agüero <sup>7</sup>.

Allí afirma:

Recordemos contra los niveladores apresurados, que las democracias griegas creyeron siempre en la excelencia de las estirpes nobles. Los *aristoi* eran también los *agathoi*, los buenos, y a veces iba a ellos el privilegio de la hermosura. Eran también los *Kaloi*, los hermosos (pág. 22).

Un eco del famoso capítulo de *Ariel* sobre las relaciones entre lo bello y lo bueno parece escucharse aquí. Sí, a pesar de las discrepancias sutiles y de las experiencias tan distintas, en el centro de sus respectivos mensajes, García Calderón y Rodó estaban de acuerdo. Ambos escribieron para una élite que parecía destinada a dirigir la América Latina del inmediato futuro, y que la orientaría hacia una utopía idealista en

---

<sup>5</sup> Véase sobre este punto, mi trabajo, «The Integration of Latino American Cultures», en las actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (Budapest, Akadémiai Kiadó).

<sup>6</sup> Véase este juicio en la edición Ayacucho, pág. 352.

<sup>7</sup> Véase el folleto, *José de la Riva Agüero. Recuerdos* (Lima, 1949, 30 págs.)

que las culturas mediterráneas encontrarían en el Nuevo Mundo su refugio final. En la lectura simbolista de Rodó, América sería la isla de Próspero<sup>8</sup>. Ese sueño no ha cesado de soñarse del todo. Habrán cambiado los símbolos; habrán cambiado las consignas, e incluso habrán cambiado los modelos. Ahora parece favorecerse más a Calibán, nombre que en algún momento de pesimismo asumió Rodó como seudónimo político (*O. C.*, 173). Pero a pesar de los cambios, en América la lucha sigue desarrollándose sin pausa, como lo demuestra la trágica contienda que desgarrará actualmente la América Central.

El otro aspecto del arielismo que sigue vigente es su claro énfasis antinorteamericano. Aunque tanto Rodó como García Calderón veían la oposición Estados Unidos/América Latina sobre todo en el terreno cultural o filosófico, había en ambos un incipiente reconocimiento de la explotación económica a que nuestra América era sometida. A pesar de su idealismo, Rodó llegó a escribir en artículos periodísticos de Montevideo su rechazo de las intervenciones militares de Estados Unidos en la América Central y el Caribe. A pesar de su ingenuo desarrollismo, García Calderón no quería que América Latina fuese sólo una sucursal de los Estados Unidos. La vigencia del arielismo desde este punto de vista, es indiscutible.

Con una retórica que hoy nos parece obsoleta, con una desatención a los problemas económicos que es fatal para enjuiciar a la realidad, con un optimismo algo forzado, estos arielistas no equivocaron, sin embargo, uno de los aspectos fundamentales del americanismo: la noción de una *diferencia*. Es decir: la necesidad de ver y discutir y proyectar la América Latina del futuro como algo esencialmente *diferente* de la América del Norte. En esto, y sólo en esto, siguen siendo nuestros contemporáneos.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL  
*Department of Spanish*  
*Yale University*  
NEW HAVEN, Conn 06520 (USA)

---

<sup>8</sup> Véase mi trabajo, «Darío and Rodó: Two Versions of the Symbolist Dream in Spanish American Letters», en *The Symbolist Movement in the literature of European Languages*, edición a cargo de Anna Balakian (Budapest, Akadémiai Kiadó, 1982, págs. 669-677).